

Los papeles del club némesis La situación del equilibrio en la modernidad tardía

Fernando Gil Villa
Universidad de Salamanca
Salamanca – España

*"... no sea que Nemé시스 te exija un castigo.
Es una diosa temible: guárdate de ofenderla"
(Cátulo)*

1. Introducción

Podríamos iniciar este ensayo de forma literaria, imitando a uno de los escritores ingleses que más sensibilidad mostró para captar la desigualdad social que afloraba al inicio de la época moderna, Charles Dickens. Siguiendo su ejemplo imaginamos un club filantrópico que llevara el nombre de una de las deidades más antiguas de occidente: Némesis. Nuestro objetivo consistiría en luchar por el equilibrio, tanto en el ámbito individual como en el colectivo, tal y como lo concebían los antiguos griegos bajo el concepto de medida, como elemento regenerador del cosmos y de la sociedad civil frente al caos y la anomia. Sólo así, estamos convencidos, se logra la verdadera felicidad (Martin, 2004: 410).

En una primera y antológica sesión, reflejada en las actas fundacionales del club, podrían esgrimirse argumentos racionales de forma pasional (pues lo cortés no quita lo valiente, como reza uno de tantos refranes que ensalzan el equilibrio). Alguien podría conectar nuestros propósitos con la tradición de la virtud ética iniciada por Platón y Aristóteles. Si la moderación constituye en *La república* una de las cuatro virtudes cardinales para el primero (junto con la justicia, la valentía y la sabiduría), en la *Ética a Nicómaco* aparece el término

medio en el que basa su armonía la naturaleza como un claro modelo de comportamiento para cada ser humano en cuanto a las pasiones y acciones.

Un segundo socio podría después tomar la palabra y aludir razones menos abstractas, más cercanas a nuestra manera de practicar la ciencia hoy en día. Desde un punto de vista psicosocial, podría aludirse al desbordamiento, incluso al *secuestro* de categorías como adolescencia y juventud en la época actual. Estas edades siempre fueron caracterizadas por la inestabilidad emocional. Hoy sin embargo, esa inestabilidad se extiende cronológicamente y al mismo tiempo se hace más profunda al situarse en un contexto social de cambio constante y de destrucción consecuente de las tradiciones que funcionaban a modo de anclajes de la personalidad. El prototipo de hombre y mujer en la modernidad tardía (pesemos en Woody Allen como personaje ficticio) parece situarse en las antípodas de Séneca o Cicerón. Si algo le falta es equilibrio, serenidad, templanza, medida, paz.

Una tercera y última razón podría referirse a la vertiente política. Esta intervención podría sacar a colación a uno de los intelectuales que mejor parecen representar el humanismo en estos tiempos, Todorov. Éste autor nos propone, retomando a Montesquieu, “habitar en un segundo piso”. Ni el piso de los hombres de acción ni el de los filósofos especulativos (Todorov, 2008: 242).

2. El diagnóstico: dos tipos de equilibrio

Constituido el club, las primeras excursiones destinadas a la observación, los primeros trabajos de campo, pudieran topar, ya desde el principio, con algunas sorpresas. Esperábamos encontrar especímenes casi puros en materia de equilibrio pero nos topamos con mezclas bastante poco homogéneas. Alguien nos recuerda al respecto la pesimista advertencia de Schopenhauer acerca de la ambigüedad de la *sofrosine*, *temperantia* o *Mässigkeit*, expresión muy

difusa y ambigua, que puede aludir a significados como el de prudencia, sobriedad u otros. (Schopenhauer, 2009:722). Lo que equivale a decir que se trata de una verdad un tanto difusa al admitir distintos significados, algo difícil de materializarse y ser detectado, más bien un concepto artificialmente construido por el intelecto, o mejor dicho, por un intelecto engañado por la voluntad.

Lo cierto es que hablar de equilibrio y de tensión en ciencias sociales es complicado. Se requiere un esfuerzo por llevar el debate a un terreno lo suficientemente acotado como para realizar observaciones basadas en la experiencia. En este sentido, y como punto de partida para la discusión, proponemos entender el equilibrio de dos formas diferentes y básicas.

La primera consistiría en habitar un punto geográfico intermedio una vez traducidos todos los esquemas de acción y de pensamiento a un esquema bipolar. Enunciada así, esta definición nos deja insatisfechos. Para comprenderla en su totalidad debemos ofrecer algunas descripciones complementarias de la actitud que supone. Significa que renunciamos a los placeres fuertes con la esperanza de eliminar también grandes sufrimientos. Se trata de un pacto con uno mismo: renuncio a celebrar las victorias (tan variadas de mis tan personales y variadas metas) a cambio de no sufrir el castigo y la humillación de las derrotas (a su vez tan constantes en un mundo de máxima competencia). Significa que cuando me duela la cabeza soportaré el dolor, siempre que sea moderado, y no intentaré atajarlo inmediatamente. Dejemos la idea así, apenas hilvanada, de momento. Es suficiente para percatarnos que nuestras amigas y amigos simpatizantes de Némesis no van a encontrar muchos contemporáneos de esta forma equilibrados. Por el contrario, el hedonismo y la falta de sacrificio es una de las tendencias más claras de la cultura de la sociedad moderna una vez que ésta avanza en el bienestar y comodidades del capitalismo de consumo a partir de los años sesenta del siglo pasado.

La segunda fórmula en que se puede materializar el equilibrio es en cierto modo opuesta a la anterior. Consiste en la alternancia de altos y bajos. Aquí, individuo y comunidad habitan en los extremos pero por poco tiempo, pues la característica principal consiste justamente en la escasa permanencia, en el constante cambio de un lado al otro. Hoy estoy bien y mañana mal. Ahora te trato con una cortesía que desconocerás al rato. Observa el gráfico científico de mi biorritmo. De él se deduce que mi energía oscilará, que tendré horas de euforia y horas bajas. No es pues raro ni malo aceptar los altibajos. De hecho, cada vez manejamos más excusas para tolerarlos en la opinión pública. Así, leemos artículos sobre cómo muchos de los grandes genios de la humanidad eran bipolares. Casi, casi, los articulistas y nosotros mismos hacemos una lectura tendenciosa de ese hecho, compatible con el esnobismo y el carácter excéntrico que ha caracterizado siempre el ideal de alta cultura; casi, casi, creemos que hay que estar un poco loco para conectar artísticamente con el mundo. Después de todo, adoptar varias personalidades supone vivir varias vidas en una, fuente de enriquecimiento.

El mismo esquema explica el funcionamiento de buena parte de sucesos patológicos y normales, lo que contribuye a hacer más borrosa la frontera entre ambas regiones. En el interior de las familias, el "ciclo del abuso" presentado por Leonor Walker a finales de los setenta se ha popularizado (Walker, 1979). La tensión se acumula hasta estallar en un incidente que dispara una situación subjetivamente vivida por los miembros como un drama. A continuación, los actores caerán más o menos bruscamente en el valle de la calma. Si observamos los escenarios con un corte transversal veremos a los protagonistas subir o bajar, sin permanecer mucho tiempo en un término medio. Si ampliamos el concepto y lo aplicamos a incidentes de violencia simbólica en los que la explosión es sobre todo verbal o gestual, tendremos un espectro ampliado de situaciones familiares cotidianas en la mayoría de las ciudades de

hoy, donde la tradicional histeria de las clases medias, retratada en sus altibajos hace décadas por el cine de crítica burguesa, no ha hecho sino aumentar, al hacerse más agudos los factores que la desencadenaban.

Un poco antes del trastorno bipolar encontramos la versión suave de la ciclotimia y antes aún, al ciudadano desorientado sumido en un mundo descontrolado cuyo rasgo central, la inestabilidad, puede representarse con ayuda de los mismos gráficos dentados. Si evaluamos su tolerancia social, observaremos un patrón contradictorio: aumenta con los sujetos situados por definición en posiciones de subordinación -niños, animales, plantas, personas mayores, con capacidades diferentes, sujetos calificados en general previamente como frágiles- para disminuir en relación a los sujetos situados en un plano de igualdad. La humanidad de que hace gala con los primeros parece poco coherente con la inhumanidad ostentada cuando se trata de juzgar a los pares. Nuestro ciudadano lloraría probablemente como Nietzsche si viera a un cochero fustigar a su caballo en medio de la calle, pero sería inflexible con su pareja si se olvidó de abrir la ventana al fumar un cigarrillo o no lavó los platos cuando le tocaba el turno. Si le preguntamos qué es lo que más le preocupa, nos dirá probablemente que la economía. En ese caso, al desayunarse con los diarios de la mañana, lo primero que verá será el gráfico de la bolsa, una curva que muestra constantes, imprevisibles y espectaculares subidas y bajadas.

Los ciudadanos llegan a tener la impresión de que son involuntariamente manejados por fuerzas cuyos esquemas "dentados" amenazan devorarles. Entre ellas, las macroeconómicas no son las únicas. Tan envolventes como ellas son las redes sociales. Las nuevas tecnologías han hecho crecer exponencialmente las relaciones que mantiene el ciudadano medio, sobre todo si es joven y estudiante, con personas escasamente conocidas. Esto supone el aumento de la probabilidad de ser tanto víctima como artífice de

manipulaciones que causan malestar. De nuevo el propio mecanismo bipolar de las redes se muestra compatible con este efecto. A veces se reciben muchos mensajes y otras muy pocos. Para combatir el efecto avalancha y la ansiedad que nos causa, aumentamos el tiempo dedicado a contestar y participar en las discusiones, como si fuera un pulso. Conseguimos doblegar el músculo del gigante virtual. Ahora la pelota está en su tejado, somos nosotros los que esperamos respuestas del interlocutor. Llega poco o nada. Entramos en momento de calma, de valle, de vacío. Descuidamos el móvil o el computador un momento, hasta que volvamos a sobresaltarnos por un nuevo ciclo de mensajes acumulados que, como en el abuso, acumulan tensión.

Muchas otras cosas encajan en este esquema. El propio ciclo de exámenes en los períodos lectivos es uno de los más conocidos: alto rendimiento y actividad mínima. Fuera de las aulas, la evolución de las drogas de moda en los momentos de ocio sigue la misma tendencia. Con las metanfetaminas se busca el "subidón" que dirige inevitablemente al "bajón". El mismo consumo de alcohol y de cigarrillos, las sustancias psicoactivas más populares entre jóvenes y adultos, conlleva un patrón de sacudida de la presión arterial. Otra cosa más que provoca altibajos.

La persona nemesiana descubriría en sus paseos que los espíritus (la psique, la identidad) de los seres que habitan la alta modernidad se ven continuamente zarandeados, presas de instituciones cuyo funcionamiento parece esquizofrénico, de tendencias que empujan de forma contradictoria, hacia arriba y hacia abajo. Podría decirse, tras una primera observación, que el equilibrio en tales seres es puramente ficticio, matemático. Y es que el equilibrio del ser social en la alta modernidad es una entelequia, un concepto matemático, la media de dos valores. Es tanto como decir que el posmoderno habita en un no-lugar, en un mundo irreal, porque no existe la media sino los valores extremos que la flanquean.

El mejor calificativo para ese tipo de equilibrio es el de

inestable. Una de las imágenes más acertadas, la del sujeto montado en la atracción de una montaña rusa que sube y baja a gran velocidad. Aquí el vértigo es sinónimo de inseguridad. Se ha perdido buena parte del control que se tenía en varios dominios: en las relaciones sociales, en los espacios semiprivados, en los trabajos a distancia. El sentimiento que domina es la ansiedad, definida como un "estado de alerta del organismo que produce un sentimiento indefinido de inseguridad" (Rojas, 2004:40). En cada curva, a cada paso de nuestro camino, acechan nuevas sorpresas. El mundo entra en una nueva fase de reencantamiento en el crepúsculo de la era moderna. Pero la palabra sorpresa tiene un doble significado. Hay sorpresas buenas y malas. Lo importante es su carácter imprevisible. Cuando más eficaz se muestra la ciencia más descubre que buena parte de las causas son imprevisibles. La teoría de las probabilidades gana enteros y con ella la relevancia del azar. Es casi imposible predecir las trayectorias de las personas o de las instituciones pero es muy probable que se vean salpicadas de acontecimientos sorprendentes, como una alergia o un cáncer, causados en un buen porcentaje por factores desconocidos. Hay una toma de conciencia de que cada vez más subsistemas y partes de los mismos funcionan de manera caótica. Es probable que la gente del club descubra cisnes negros (Taleb, 2009).

El capitalismo avanzado se apoya en la dimensión financiera, alumbradora de crisis económicas que son cisnes negros. Su complemento, la esfera del consumo, deja también de ceñirse a los viejos patrones diseñados por los sociólogos con la ayuda de las variables clásicas. Los hábitos formaban parte de *habitus*, por utilizar un juego de palabras en honor a Bourdieu. Ver a cierta persona practicar cierto deporte o comer ciertos platos podía ayudar a recomponer un sistema coherente de roles sociales. Una vez que se completó la desmaterialización del capital, sin embargo, y el sistema de endeudamiento de las instituciones y de los individuos se pasó de

rosca y se convirtió en una espiral imparable e irreal, desconectada de su base productiva, el consumo perdió también su conexión real con la satisfacción de necesidades y funcionó con piloto automático, por inercia. Se acortó la obsolescencia de los bienes fabricados con la finalidad de sustituirlos pero la consecuencia no procurada fue la extrapolación de esta tendencia a otros ámbitos supuestamente ajenos al mundo del consumo. Lugares y personas también fueron sustituidos. Aquello que había ocupado el mismo centro de la vida del ser humano, la tierra y la gente, se convirtió en espacio de tensión, en zona de riesgo sísmico.

La velocidad del dinero, así como la frecuencia de las interacciones entre elementos de una misma especie y entre elementos de diferentes especies, crean un calentamiento del sistema social sin precedentes en la historia. La división social del trabajo alcanza sus máximas cotas en la sociedad compleja, lo que aumenta la interdependencia y la fragilidad de cada individuo y localidad. El fantasma de la anomia, que ya se había cronificado a lo largo de la modernidad en las zonas pobres, se materializó de forma esporádica en las regiones más seguras en la forma de catástrofes naturales o actos de terror. Una de las peores pesadillas de la sociedad de riesgo deviene de la consecuencia no procurada de la democratización del conocimiento, al posibilitar el acceso de las personalidades desequilibradas a medios técnicos de destrucción masiva (Rees, 2004:83). El mismo lugar que había visto nacer ese término muchos siglos atrás –causando el nacimiento de Némesis-, se alejaba definitivamente de su pasado glorioso y se hundía en la desesperación. La crisis económica ponía una peligrosa guinda en un pastel social de la modernidad cuyo piso más alto se venía inclinando demasiado tiempo. Por su aspecto global, se diría que es el pastel más grande y ambicioso jamás creado. Por eso mismo y por el conjunto de circunstancias que le rodean y que aquí se han enunciado de forma sucinta, la tensión que soporta es proporcional.

Al aguantarla, los actores sociales acaban sensibilizándose. Sometidas a una oscilación rápida entre los extremos, sus vidas se adaptan a la ansiedad y el estrés. Adaptarse a un medio social sometido a un constante e in-tenso cambio es como tener que vivir en una tierra que apenas deja de temblar. Coloquialmente diríamos que sus habitantes viven con los nervios a flor de piel, que son neuróticos. En los años sesenta del siglo pasado estos procesos apenas comienzan su eclosión. Como siempre sucede, los investigadores dotados de mayor clarividencia comenzaban a intuirlos. Siguiendo la estela de corrientes sociales como la antipsiquiatría, López Ibor aludía al continuo aumento de pacientes neuróticos, que afectaba ya a un tercio de los estudiantes. Tal fenómeno justificaba preguntarse si no era la sociedad misma la que se había “neurotizado” López Ibor (1968:9). Este psiquiatra consideraba que el nivel histórico de sensibilidad humana frente al dolor varía, siendo, ya en esa época, muy bajo. ¿Qué no diría casi medio siglo después? La conciencia de las fuentes de perturbación y de dolor, en su opinión, harían que aumentara la sensación de amenaza por la neurosis. Triste destino el de la comunidad moderna que, “frente a las primeras amenazas de las sombras de la neurosis, con frecuencia se entrega a ella, como un ejército desmantelado y sin moral de resistencia” (*Ibid.*:14).

Doloridos. Así se encuentran los cuerpos (sociales) de los sujetos tardomodernos. “Cuando las pasiones no la agitan –observaba Schopenhauer en las antípodas de nuestra época-, nuestra vida práctica y real es aburrida y monótona, más cuando aquéllas la alteran se transforma enseguida en algo que nos produce dolor” (Schopenhauer, 219:361). Pues bien, en la medida en que aquel psiquiatra y éste filósofo razonen correctamente, las conclusiones se refuerzan en nuestros días, al generalizarse la conciencia de la tensión, de las causas que la crean, debido a la *reflexividad*. Esto es, gracias a la filtración directa o indirecta,

consciente o no, de análisis sociales como el de este ensayo entre la población, debido a la divulgación científica, más o menos fragmentada en informaciones de toda índole y en todo tipo de medios, y debido al aumento de la capacidad de las poblaciones medias para asimilarlas de forma más o menos coherente.

La cultura del individualismo, la descarga de la responsabilidad de la acción y del destino en la espalda exclusiva del individuo, unida a la desaparición de las tradiciones con sus tabúes como frenos morales de aquélla, lleva a que dudemos más que nunca del aserto de Aristóteles: "cuando hay exceso o defecto, se yerra y se hace bien en censurar, mientras que el término medio es alabado" (Aristóteles, 2009:50). En la cultura moderna, los extremos enunciados parecen perder su equivalencia en una tendencia que alcanza hoy su punto culminante. El exceso cobra un sentido positivo en muchos aspectos. La acumulación de bienes, como criterio principal en el reparto de estatus en el capitalismo inicial, se prolonga en la actualidad en una variante más sofisticada: la acumulación de conocimientos y experiencias. La propia naturaleza, en cuya armonía se inspira el clásico para recomendar su programa de moderación, se percibe y se describe en nuestro tiempo, tanto científica como artísticamente, más desquiciada que nunca, plena de altibajos, de picos de frío y calor, de contradicciones y fenómenos no previstos.

La conciencia de precariedad lleva a vivir consciente o inconscientemente lo mejor que se pueda el momento, evitando al máximo el sacrificio. La desesperación como actitud vital de fondo fomenta la incoherencia. El observador nemesiano sin duda detectará más contradicciones en las personas que encuentre en su camino que en otras épocas y lugares. Es un espectáculo al que estamos acostumbrados: autores y profesores predicando cosas que nunca practican o que parecen incompatibles con sus actividades cotidianas. Personas normales y corrientes que dicen una cosa y luego hacen

otra, que se desdican. Nunca fue tan clamorosamente cierto aquel refrán: *nunca digas de este agua no beberé*. Otro mecanismo de defensa psicológico-social que activa el ciudadano tardomoderno de equilibrio inestable es la adicción. Puesto que todo flutúa, aparece y desaparece, ante la falta de anclajes, el cerebro se fija desesperadamente a un objeto aparentemente intrascendente. La adicción a cualquier cosa refleja la necesidad desesperada de mantener una fidelidad en un mundo donde todas las lealtades corren el riesgo de ser traicionadas.

3. Buscando soluciones. ¿Educar en las contradicciones?

En este punto los papeles presentan un punto de inflexión. Sin duda consideraron necesario dedicar una nutrida primera parte de sus reflexiones a la descripción de la nueva especie equilibradas humanas que encontraron en su camino, así como de las circunstancias culturales en las que vivían. Retoman ahora su principal objetivo, el de procurar una mejora de tales condiciones. Hay consenso en la propuesta de cuño humanista del Todorov, amigo nemesiano, de buscar un camino intermedio (sinónimo de equilibrio) entre la solución individualista –cada uno buscando por su lado sus propios beneficios- y la dogmática idealista –todos al servicio de unos ideales previamente establecidos-. La alternativa a esa disyuntiva clásica pasaría por un humanismo que “no proporciona respuestas pero enseña a buscarlas”, que “cultiva el camino y no el punto de llegada”. En vez de enseñar un pensamiento determinado, o simplemente a obedecer, se trataría de enseñar a pensar (Todorov, 200:241). En fin, recuperar el consejo recomendado por Montesquieu de la moderación de vivir lidiando con las exigencias contradictorias del mundo.

En este punto sin embargo se podría abrir un debate sobre la viabilidad de la propuesta, retomando la objeción de los filósofos conservadores de los que se aparta Todorov, en concreto la de Elliot, preguntándose en voz alta si tal postura es válida para las mayorías,

si no se estaría cayendo en el defecto de la proyección, es decir, creyendo que todo ciudadano se va a comportar como un intelectual crítico y concienciado con los problemas del mundo. De hecho, en el discurso de Todorov no se ofrecen argumentos definitivos para resolver la cuestión, toda vez que el escrito acaba citando la zozobra del propio Montesquieu, al ser consciente de que había escogido “una vía difícil que pocos de sus contemporáneos aceptaban seguir” (*Ibid.*: 242).

En defensa del pensador búlgaro podría alegarse que la evolución social de los últimas décadas ha creado las condiciones adecuadas para que la extrapolación de la posición del intelectual crítico a la mayoría de la población no sea una utopía sino una operación factible. Pensemos en las figuras de Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset, dos de los genios del pensamiento del pasado reciente que cultivaron la llamada “filosofía de la crisis”. El primero es modelo de sufrimiento personal. El segundo, de expresión de la inevitable inseguridad del mundo como conjunto de circunstancias que nos rodean. En el 75 aniversario de la muerte del primero, podríamos decir que los padecimientos que le ocasionan la conciencia de las contradicciones vitales e intelectuales constituyen un “cuadro” de tensión y dolor emocional mucho más generalizado que en su época: “Estoy sumido en una gran sequedad”, confiesa (Unamuno, 202: 56). “Una constante tensión me lleva a la rumia espiritual, a vivir escarbándome, a la continua labor de topo en mi alma”(Ibid.: 53). En ocasiones, la falta de equilibrio se describe como escisión: “¿es que hay en mí dos yos y uno traza estas líneas y otro las desaprueba como delirios? (Ibid.:104). Por su parte, el siguiente enunciado de Ortega podría pasar por el titular de un diario cualquiera en estos tiempos de crisis: “la condición del hombre es, pues, incertidumbre sustancial. Por eso está tan bien aquel mote, grácilmente amanerado, de un señor borgoñón del siglo XV: *Rien ne m´est sur que la chose incertaine*” (Ortega y Gasset, 2006:541)

No obstante, y pese a que hoy estamos más legitimados (en el sentido de preparados) que nunca para implantar una educación crítica que capacite a los ciudadanos a luchar con la duda diariamente, no estaría de más plantearse el alcance de tal educación. ¿Realmente tenemos derecho a convertir con nuestras enseñanzas a los ciudadanos en unamunos sufrientes, gentes que, a pesar de llegar a tener 9 hijos, necesitan dejar su familia y aislarse en una celda monástica por unos días para soportar el dolor existencial? En otras palabras, suponiendo que nuestros sentidos y experiencia no nos hayan engañado en nuestro viaje y realmente vivamos en una sociedad neurotizada, ¿debemos educar al ciudadano en la neurosis para que pueda adaptarse a ella, o debemos, por el contrario, dismantelar, deconstruir las condiciones y las dimensiones y piezas neuróticas? ¿O una mezcla de ambas cosas y entonces, habitar en el segundo piso, como hacía Montesquieu y propone metafóricamente Todorov debería entenderse como un habitar en las escaleras de un dúplex que está entre dos dúplex? ¿Debe consistir la ayuda del club a los ciudadanos en repartir pastillas contra el mareo al pie de la montaña rusa, o deben detener la montaña rusa porque la consideran un peligro público (para la moral pública? ¿Deben, en fin, los estudiantes, tomar parte activa en la lucha política, estando sin estar, como Sócrates en la *Apología* que de él hizo su discípulo Platón y ahora hace Todorov, no aceptando ningún cargo directo pero permaneciendo en la ciudad y criticando a los gestores públicos? (*Ibid.*:268). Tal posición independiente, sin embargo, llevada a su máxima expresión, exige al final la renuncia no sólo a una vida familiar real, sino a una vida sin neurosis, sin un sufrimiento continuo, pues cada día, a cada hora, habría que analizar con urgencia las nuevas jugadas de los políticos. ¿No habría que tener en cuenta, a modo de factor de corrección, las críticas de Nietzsche a Sócrates? El "tipo de hombre teórico" que este último representa, en representación del ciudadano intelectual, es inseguro, lleno de una

“profunda desconfianza en sí mismo” (Nietzsche, 1984:142). Sócrates presentaría una personalidad lógica pero poco artística, lo que le llevaría a odiar y envidiar a los creativos (Nietzsche,1988:123). Tal vez incluso, aventura el filósofo alemán, su aspecto físico poco agraciado y cierto resentimiento le llevaban a despreciar el vitalismo y la vertiente estética de la vida, refugiándose en los laberintos del intelecto (Nietzsche, 1930:140).

¿No deberíamos vigilar el masoquismo como deformación profesional del intelectual crítico, su tendencia al hipercriticismo, algo que, en el fondo, le hunde aún más en la ansiedad y en la neurosis?

En otros términos, si, continuando con el lenguaje metafórico, ahí fuera hay guerra, la disyuntiva de preparar a nuestros hijos para salir o enfrentarla, o cerrar las puertas y ventanas no admite únicamente una solución intermedia. Se puede preparar para la guerra y tratar de permanecer en retaguardia como se puede permanecer en el casa, poner la radio y reflexionar sobre el problema. En última instancia la expresión latina “si quieres paz prepárate para la guerra” admite alternativas (como, “si quieres paz prepárate para la paz”). La metáfora de la casa como refugio puede ser igualmente la cabaña de Thoreau, el lugar aislado donde escribir un manifiesto de desobediencia civil. Al introducir un componente Nietzscheano, la resistencia individual que ejercen las figuras del desobediente de Thoreau (2001) o del anarca de Jünger (1981)compensan y suavizan parte de la peligrosa superficie de la resistencia colectiva, especialmente las aristas cortantes e ineludibles (¿hay dolor más doloroso?) del desengaño individual y colectivo debido a la perversión parcial o total de los fines.

Por último, la consideración de Dios como variable dependiente no supone una alteración sustancial de las conclusiones a las que llegamos en la presente reflexión. Es cierto que las ideas generales de Elliot, Bonald y Solzhenitsin en sus críticas teocráticas a las democracias occidentales, son intelectualmente seductoras, como

reconoce Todorov –“su punto de vista crítico me convence la mayoría de las veces” (ibid.:234)-. La espiral sin fondo de las libertades y derechos individuales acaban por desconectarse del contrapeso de las obligaciones sociales y llevan a una especie de sorda guerra egoísta de todos contra todos. La sociedad secularizada se convierte en una sociedad amoral, sin valores universales, debido al relativismo y a un incoherente eclecticismo donde todo vale. La tendencia desesperada a tapar las vías de agua con pedazos de derecho positivo, normas sin corazón filosófico, no sirve para evitar los ataques de violencia y criminalidad que acabarán hundiendo el barco. Sin embargo, la reintroducción del concepto de Dios como ideal no soluciona el dolor emocional individual del intelectual moderno (ni, es de suponer, de su consecuente sombra ciudadana tardomoderna. Unamuno es un buen ejemplo. Si ser intelectuales nos convierte en surfistas surcando peligrosamente las crestas y valles del oleaje de la duda –“Es una enfermedad terrible el intelectualismo...tan terrible como la locura o el idiotismo, en que se dice que ni el loco ni el idiota sufren, pues no conocen su mal, y aún pueden vivir contentos” (Unamuno, 2002:70), la inclusión de Dios sólo puede hacer más complejo y por tanto más imprevisible el trabajo existencial: “Reconciliar la fe. Quise hacerme dueño y no esclavo de ella, y así llegué a la esclavitud, en vez de llegar a la libertad en Cristo” (Ibid.:53). A fin de cuentas, si la razón, como proceso de toma de conciencia del funcionamiento de la realidad más allá de las apariencias y los prejuicios, ya es algo doloroso de por sí, conciliar razón y fe aumenta el potencial contradictorio de los contextos a los que debemos enfrentarnos.

4. Reflexión final

La inseguridad es un rasgo central de nuestra época. La globalización ha aumentado la dependencia no sólo entre los

territorios sino también entre las diferentes dimensiones del sistema social. La crisis económica iniciada en 2008 ha puesto al descubierto la fragilidad de aquél. Sin embargo, no se trata sólo de una consecuencia de una mala gestión financiera, ni siquiera de un efecto acumulativo del modo de producción capitalista. Es la propia complejidad del sistema la que convierte su equilibrio en inestable, algo que puede observarse bien tanto en un nivel individual como en otro institucional o grupal. Esto provoca una paradoja general: la diversidad propia de los sistemas complejos se complementa con una tendencia a la homogeneidad de los fenómenos sociales que pueden considerarse en términos sociológicos como normales o patológicos. No se trata sólo de una consideración estadística clásica sino también de una afirmación en el terreno de la cultura moral. En la modernidad tardía no le resultaría tan simple a Aristóteles suscribir la frase «Los hombres sólo son buenos de una manera, malos de muchas». El relativismo cultural afecta también a la moral y admite lecturas positivas y negativas. Las críticas al exceso de libertad deberían considerar la larga y dura lucha en materia de derechos lograda en las democracias occidentales durante la modernidad. Los desajustes provocan déficits de igualdad o de libertad en el tiempo y en el espacio que deben ir corrigiéndose sin olvidar el terreno conquistado. Los déficits en materia de igualdad que se viven en el momento presente como consecuencia del retroceso del Estado de bienestar y con la excusa de la crisis no deberían demonizar la libertad de la misma manera que no se debería ensalzarla y denostar el polo complementario de la igualdad en las naciones de gobiernos socialistas. Y sin embargo, los discursos, no sólo de los políticos sino también de los analistas sociales, suelen oscilar demasiado entre los dos extremos, una muestra más del tipo de equilibrio inestable, basado en la alternancia más que la búsqueda del término medio. Algo parecido se observa en la dimensión individual, con un aumento claro de la tensión en la vida cotidiana en todos los ámbitos y un



comportamiento imprevisible y ambivalente cada vez más generalizado. A partir de aquí se abren varios interrogantes sobre las consecuencias de este tipo de equilibrio inestable para la relación entre el bienestar individual y el de la mayoría. Por ejemplo, es especialmente relevante discutir si la solución de una educación crítica basada en la intelectualización de la ciudadanía no continuará alimentando la tensión de fondo y por tanto, indirectamente, los fenómenos de la violencia física y simbólica.

© Fernando Gil Villa

Referencias bibliográficas

- Aristóteles (2009). *Ética a Nicómaco*. Madrid: Lid.
- Jünger, E. (1981). *Eumeswil*. Barcelona: Seix Barral.
- Lenore E. W. (1979) *The Battered Woman*. New York: Harper and Row
- López Ibor, J.J. (1968). *Rasgos neuróticos del mundo contemporáneo*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- Martin, R. (2004). *Diccionario de mitología clásica*. Madrid: Espasa y Calpe.
- Nietzsche, F. (1930). *El crepúsculo de los ídolos*. Madrid: Caro Raggio.
- (1984). *Más allá del bien y del mal*. Madrid: Busma.
- (1988). *El nacimiento de la tragedia*. Madrid: Alianza.
- Ortega y Gasset, O. (2006). *Obras completas*. Tomo V. Madrid: Taurus.
- Rees, M. (2004). *Nuestra hora final*. Barcelona: Crítica.
- Rojas, E. (2004). *La ansiedad*. Madrid: Temas de hoy.
- Schopenhauer, A. (2009). *Parerga y Paralipómena*. Madrid: Valdemar.
- Taleb, N.N. (2009). *El cisne negro. El impacto de lo altamente improbable*. Barcelona: Paidós.
- Thoreau, H.D. (2001). *Desobediencia civil y otros ensayos*. Madrid: Tecnos.
- Todorov, S. (2008). *Las morales de la historia*. Barcelona: Paidós.
- Unamuno, M. (2002). *Diario íntimo*. Madrid: Alianza.